

contrar amparo en parte alguna. Tal situación les agriaba el carácter, haciéndoles parecer peores de lo que eran. Jamás se vestían de hábitos; pero conservaban la cara afeitada, como para estar disponibles en el caso de que los admitiesen otra vez en el oficio.

No sé cómo se llamaba el viejo catarroso, porque todos allí le nombraban *Pater*; hasta el mozo que le servía dábale este apodo. El ex-castrense se llamaba Quevedo y era del propio Perchel, feo como un susto, picado de viruelas, de mirada aviesa y con una cara de secuestrador, que daría espanto al infeliz que se la encontrase en mitad de un camino solitario. Bebía aguardiente aquel clérigo como si fuera agua, y su lenguaje era un ceceo con gargarismos. Contaba hechos de armas y aventuras de cuartel con una gracia burda y una sinceridad zafia que levantaban ampolla. El otro se llamaba Pedernero y era del propio Ceuta, hijo de una *oficiala* del Fijo, joven y simpático, de modales mucho más finos que sus colegas, listo como un chorro de pólvora, y con un pico de oro que daba gusto. Para él no tenían secretos la vida humana ni la juventud. Su compañero Quevedo solía envolverse en formas hipócritas; Pedernero, no. Se presentaba sin máscara, tal como era, empezando por decir que el Superior había hecho muy bien en quitarle las licencias.

El llamado *Pater* afectaba cierto magisterio

episcopal con los otros dos; les reprendía cuando decían alguna barbaridad y les daba buenos consejos, profesando el principio de que todo era tolerable cuando se trataba en broma. Él, por ejemplo, hablaba y oía, sobre todo oía, muchas cosas malas; pero su vida permanecía pura. Tenía la cara redonda, blanca y risueña, y cuando estaba sin sombrero parecía una mujer cincuentona, ama de canónigo. No gustaba de que le armasen en la mesa disputas violentas, sino que se mantuviera la tertulia en el terreno de las hablillas sabrosas y de las chirigotas picantes, aunque fuesen sucias. Pues bien; en este círculo fué donde se coló Juan Pablo, con su clerofobia y su pegadizo saber de teología y filosofía católica.

Empezó dando puntadas. Como al principio era su charla frívola y de gacetilla, todos se reían y el *Pater* estaba en sus glorias. Pero poco á poco iba sacando Rubín proposiciones serias. El poder temporal del Papa fué puesto por los suelos, sin que ninguno de los tonsurados hiciese una defensa formal. El *Pater* y Quevedo tomaban la cuestión con calma, oponiendo á los ataques de Rubín argumentos evasivos en estilo joco-serio. Pedernero lo echaba todo á chacota; pero una noche que llevó Rubín, bien fresquecito y pegado con saliva, el tema de la pluralidad de mundos habitados, Pedernero empezó á despabilarse. Era doctor en Teología,

y aunque había ahorcado los libros hacía mucho tiempo, algo recordaba, y tenía además grandes dotes de polemista. Rubín salió un tanto contuso; pero en retirada se defendía bien con su flexibilidad y agudeza. Más adelante llevó un arsenal de argumentos contra la revelación. «Esto no lo creen ya más que los adoquines»... Todo el Viejo Testamento no era más que un fraude, una imitación de las teogonías india y persa. Bien se veía la reproducción de los mismos mitos y símbolos. El pecado original, la expulsión del paraíso, la encarnación, la redención, eran una serie de representaciones poéticas y naturalistas que se reproducían al través de los siglos, «lo mismo á orillas del Eufrates que del Nilo que del Jordán».

«¿Sí?, pues ahora lo verás.» Esto se dijo Pedernero, cuyo amor propio de teólogo contrabandista se picó extraordinariamente. En dos ó tres días refrescó sus lecturas, rehizo su erudición descompuesta en los viajes y en la vida de libertino, y bien preparado acudió al torneo á que el otro le retaba con sabidurías de tercera mano, aprendidas en los libritos franceses de ciencia popular á treinta céntimos el tomo. Pues amigo, una noche el ex-capellán del vapor-coorre se lió la manta y le dió tal paliza á Rubín, que éste hubo de salir con las manos en la cabeza. Había que ver á Pedernero transfigurado, hecho un orador ardiente y lleno de arrogante

facundia. El auditorio se estrechaba, y de las mesas próximas y de los veladores del centro acudía gente, apelmazándose en torno de los bravos contrincantes. Rubín era agudo, ágil guerrillero de la discusión; el otro dominaba el asunto, y era firme y sobrio de palabras, seguro en la dialéctica.

No pararon aquí las cosas. Rubín, lleno de despecho, resobaba sus libritos de á treinta céntimos para buscar armas contra la Iglesia. Apenas las esgrimía, Pedernero le reventaba. Su argumentación era la maza de Fraga. El *Pater* no cabía en sí de gozo y bailaba en el asiento; Quedo alargaba el hocico, y hasta se atrevía á decir *nu*, repitiendo las admirables razones de su amigo. Los demás tertulios se envalentonaban, adhiriéndose algunos al bando de Pedernero, otros al de Rubín, no por convicción, sino por divertirse y aumentar la jarana. Además de los tres curas, eran parroquianos de aquella mesa las siguientes personas: un agente de Bolsa riquísimo que, con el *Pater*, llevaba diez años de concurrir todas las noches á aquel mismo sitio, un bajo de ópera retirado, un funcionario de poco sueldo y el dueño de un acreditado molino de chocolate. Los curas y estos cuatro señores formaban la partida más fraternal que puede imaginarse. Llevando cada cual un bocado sabroso al festín de la murmuración pasaban dulcemente las horas, amigos allí, distan-

tes unos de otros en el comercio de la vida ordinaria.

Rubín, al verse vencido, pues hasta el agente de Bolsa, que era el más librepensador de todos, se cayó del lado de Pedernero, buscaba camorra, empleando argumentos de mala fe y personalizando la disputa. El bajo de ópera se creía en el deber de apoyar la idea religiosa, por haberla expresado tantas veces con su sábana por la cabeza, haciendo el respetable papel de sumo sacerdote; y el del molino de chocolate azuzaba á los dos por ver si la cosa se enfurruñaba y no quedaban más que los rabos. Oíanse en aquella parte del café cláusulas furibundas, proposiciones que parecían dichas en un púlpito, y descollaba sobre el tumulto la valiente voz de Pedernero gritando:

«Yo le digo á usted que ningún Santo Padre ha podido sostener ese disparate. No jorobar. Yo le reto á usted á que me traiga el texto, y si no lo trae, es prueba de que lo inventa usted.»

Aquella noche quedó la cosa mal, y el tono de los contendientes, así como la atmósfera caldeada que en la tertulia reinó, hacían temer una escena desagradable. La catástrofe tuvo lugar á la noche siguiente, pues habiéndose permitido Rubín algunas reticencias desfavorables á la reputación de la Virgen María, saltó Pedernero de su asiento, trémulo y descompuesto, en estado de horrible agitación, y lanzó á su con-

trario anatema tan furibundo que los amigos tuvieron que sujetarles.

«Porque yo soy un lipendi. Yo reconozco—gritaba el capellán ahogándose—que soy un mal sacerdote; pero delante de mí no hay un judío sin vergüenza que se atreva á hablar mal de la Virgen. O se traga usted esas infamias, ó le rompo el alma... ahora mismo.»

No puede describirse lo que allí pasó. Voces, gritos, patadas, capas rotas, vasos volcados, terrones por el suelo. Trincando una botella, Rubín apuntó al cura con tal desacierto, que quedó descalabrado... el infeliz bajo de ópera. El zipizape fué de lo más célebre... D. Basilio tiró de los faldones á Rubín y por poco se queda con ellos en la mano. Todo el café se alborotó. El amo intervino...

Emigración. Desde el día siguiente Juan Pablo trasladó sus reales á otro café.

## V

El primero que hubo de seguirle fué D. Evaristo González Feijóo, á quien era indiferente este ó el otro establecimiento. Instaláronse por el pronto en Fornos, y allí esperaron. A la segunda noche fué Leopoldo Montes, y á la tercera D. Basilio, que les encontró discutiendo de qué café se posesionarian definitivamente. El

escritor de Hacienda se apresuró á dar su opinión favorable al café de Santo Tomás, porque allí daban más azúcar que en ninguna parte. Replicó á esto Montes que no había que mirar el caso *bajo el prisma exclusivo* del azúcar, y que el género que más importaba era el café. El de la Aduana estuvo á punto de triunfar; pero lo desecharon por no estar siempre entre franceses, así como se excluyó el Imperial por los toreros, y otro por las cursis que lo invadían. Feijóo se habría quedado allí; pero á Rubín le eran antipáticos los alumnos de escuelas preparatorias militares que iban á Fornos á primera hora. Molestábale también la costumbre que allí había de quitar gas á las diez de la noche cuando se iban los tales alumnos. El local se quedaba medio á oscuras, no volviendo á ser bien alumbrado hasta las doce, hora en que venían á cenar los bolsistas. A Rubín le cargaban también los dichosos bolsistas, que no hablaban más que de dinero.

Decidieron por fin establecerse en el Siglo de la calle Mayor, donde se encontraron bastantes personas conocidas. Rubín necesitaba algunos días para la aclimatación en nuevo local. Al principio cambiaba frecuentemente de mesa, bien porque el sitio era expuesto á las corrientes de aire, bien por ciertas vecindades un poco molestas. Una de las primeras noches, cuando aún no habían llegado los amigos, Rubín esta-

ba solo en la mesa, y ponía su atención en dos grupos inmediatos á él. En ambos era vivo y animado el diálogo. En el de la derecha decían: «Hoy he hecho yo unas cincuenta arrobas á veinticinco reales. Pero está la plaza perdida. Los paletos van aprendiendo mucho. Hoy han dicho que no traen más escarola si no se la ponemos á diez.» En el grupo de la izquierda, compuesto de tres individuos; oyó Rubín lo siguiente: «Te aseguro que yo admito la metempsicosis, según la entendían los egipcios y los caldeos.» Comprendió Rubín que los de la derecha eran asentadores de viveres y los de la izquierda filósofos de café. En el del Siglo había una gran reunión de espiritistas, á la que concurría por aquella fecha Federico Ruiz. Vióle Rubín, y se acercó á la tertulia, teniendo el gusto de discutir con los individuos más entusiasmados de aquella secta. Entendía Juan Pablo que esto de ir corriéndola de mundo en mundo después que uno se muere es muy aceptable; pero lo del *periespíritu* no lo tragaba, ni la guasa de que vengán Sócrates y Cervantes á ponerse de cháchara con nosotros cuando nos place. Vamos, esto es para bobos. Uno de los más chiflados de la escuela se esforzaba en convencer á Rubín, tomando ese tonillo de unción y ese amaneramiento de cuello torcido y ojos bajos en que cae todo propagandista de doctrina religiosa, cualquiera que sea. Feijóo aparentaba creer,

por darles cuerda y oírles desatinar. A aquel círculo iba Federico Ruiz siempre con prisa y con el tiempo tasado, porque á tal hora tenía que asistir á una junta para tratar de la erección del monumento á Jovellanos; después á otra, para ocuparse del banquete que se había de dar á los pescadores de provincias que vendrían al Congreso de piscicultura. Hombre más atareado no se vió jamás en nuestro país, y como tenía tantas cosas en el caletre, para no olvidar muchas de ellas se veía obligado á apuntárselas con lápiz en los puños de la camisa. Cuando no tenía que ir á la *Sociedad Económica* á defender su voto particular como individuo de la comisión informadora de reformas sociales, iba al *Fomento de las Ciencias* á dar su conferencia sobre la utilidad de elevar á estudio serio el arte de la panificación. Entre col y col, Ruiz pasaba un rato con sus amigos los espiritistas, y les alentaba á organizarse, á establecerse, á alquilar un local, y sobre todo á fundar un órgano en la prensa. Nada adelantarian sin órgano.

Iba también á aquel corrillo Aparisi el condejal, á quien tenían ya medio trastornado los apóstoles; Pepe Samaniego, que no se dejaba embaucar, y Dámaso Trujillo, el dueño de la zapatería titulada *Al ramo de azucenas*, que todo se lo creía como un bendito, y á solas en su casa hacía experimentos con una banqueta de zapa-

tero. En la mesa próxima había empleados de Hacienda, Gobernación y Ultramar, y una tanda de cesantes. Entre ellos vió Rubín al individuo á quien sólo faltaban dos meses de empleo para poder pedir su jubilación. Tenía pintada en su cara la ansiedad más terrible; su piel era como la cáscara de un limón podrido, sus ojos de espectro, y cuando se acercaba á la mesa de los espiritistas, parecía uno de aquellos seres muertos hace miles de años, que vienen ahora por estos barrios, llamados por el toque de la pata de un velador. El clima de Cuba y Filipinas le había dejado en los huesos, y como era todo él una pura mojama, relumbraban en su cara las miradas de tal modo que parecía que se iba á comer á la gente. A un guasón se le ocurrió llamarle Ramsés II, y cayó tan en gracia el mote, que Ramsés II se quedó. Pasando con desdén por junto á los espiritistas, se sentaba en el círculo de los empleados, oyendo más bien que hablando, y permitiéndose hacer tal cual observación con voz de ultratumba, que salía de su garganta como un eco de las frías cavernas de una pirámide egipcia. «Dos meses, nada más que dos meses me faltan, y todo se vuelve promesas, que hoy, que mañana, que veremos, que no hay vacante...»

Feijóo se arrimaba á él y le daba conversación por lástima, animándole y procurando distraerle de su tema; pero Ramsés II, cuyo ver-

34038

dadero nombre era Villaamil, no tenía más consuelo que aplicar su oreja seca y amarilla á la conversación, por si escuchaba algo de crisis ó de trifulca próxima que diese patas arriba con todo. Lo que él quería era que se armase gorda, pero muy gorda, á ver si...

—¿Pero á usted quién le recomienda?—le preguntó una noche Juan Pablo.

—A mí D. Claudio Moyano.

—Pues entonces ya está usted fresco.

—Dicen que traen al Príncipe...—indicó Ramsés II con timidez.

—Sí, lo traerán los rusos... por las ventas de Alcorcón. Aviado está usted si espera á que venga el Príncipe... Aquí lo que viene es la liquidación social... y después, sabe Dios. Saldrá el hombre que hace falta, un tío con un garrote muy grande y con cada riñón... así.

Ramsés II bajaba la cabeza. D. Basilio era su único amigo, porque también allí ponía el paño al púlpito para anunciar la venida del Príncipe... «Por supuesto—añadía,—tiene que venir con la estaca de que habla el amigo Juan Pablo.»

Rubín se encontraba bien en aquel círculo, pero una noche acertó á ver en las mesas de enfrente á un hombre que le desconcertó por completo. Era un amigo suyo que le había prestado dinero. La secreta antipatía que inspira el acreedor manifestábase en el alma de Rubín en for-

ma de un odio recóndito, nacido quizás del sentimiento de humillación que producen las deudas á toda persona de amor propio muy susceptible. El tal era Cándido Samaniego, hombre medio curial y medio negociante, en su trato afable, en sus negocios duro. Muchas veces renovó á Juan Pablo sus pagarés, y últimamente le había apremiado con cierta acritud. Rubín condensaba sus sentimientos respecto al prestamista en esta frase: «Pagarle y después romperle la cabeza.» Desde que le veía en las mesas de enfrente, sentía una desazón profundísima, mal de estómago y como ganas de enfadarse. Poníase tan nervioso, que le habría tirado un botellazo al primer espiritista que hablase de llamar á Epaminondas para consultarle sobre la marcha de los carlistas por el Baztán.

Y el pérfido *inglés* se dejaba caer hacia aquellas mesas pretextando tener que hablar á su primo Pepe, pero con intención de aproximarse á Juan Pablo, ver lo que hacía y cruzar con él algunas palabras. El infeliz deudor hacia de tripas corazón, y poniéndole cara risueña, convidábale á tomar algo; mas el usurero le daba las gracias, y si tenía ocasión le soltaba indirectas tan suaves como ésta: «Mire usted que no puedo más. Siempre me está usted diciendo que la semana que entra, y francamente... sentiré verme obligado á dar un paso que...»

A Rubín se le hacía acibar el café y la tertu-

lia un infierno. Érale insoportable la presencia de aquel hombre á quien no podía mandar á paseo, imagen viva del desorden de su vida, que se le aparecía como el espectro de una víctima cuando más contento estaba. La única delicia de su triste existencia era el café. Aquel sueño plácido, Samaniego se lo trocaba en angustiosa pesadilla. No pudo más, y una noche, sin decir nada, levantó el vuelo hacia otras regiones.

## VI

En esta nueva emigración, deseando estar lo más lejos posible del Siglo, se fué á San Joaquín, en la calle de Fuencarral, y no se corrió más al Norte porque no había cafés en las latitudes altas de Madrid. Pero en esta deserción ya no le acompañaron ni D. Basilio Andrés de la Caña, ni Montes; éste porque San Joaquín estaba *donde Cristo dió las tres voces*, aquél porque ya se iba cargando de la pertinacia con que Rubín se burlaba de sus profecías sobre la proximidad de la Restauración. El mismo D. Evaristo Feijóo le siguió de mal humor, diciéndole con desabrimiento que no le gustaban los cafés de piano, y que el *género* y la sociedad no debían ser de lo mejor en aquellas alturas. Estuvieron solos algunos días. No veían por allí caras de amigos, hasta que una noche se apareció en

el local una pareja conocida. Eran Feliciano y Olmedo, el estudiante de farmacia amigo de Maxi. Ya no vivían juntos, porque Olmedo había dado un cambiao en sus costumbres volviéndose aplicadísimo á cara descubierta. No se recataba ya para estudiar, y hacía público alarde, con la mayor desvergüenza, de su decidida inclinación á tomar el grado aquel mismo año, llegando hasta la audacia de escribir un trabajo muy bueno sobre la dextrina, é ilusionándose con la idea de hacer oposición á una cátedra. Pero se había encontrado á su antiguo amor, hecha un pingo, y la convidó á tomar café en aquel apartado establecimiento. Más de dos horas estuvieron charlando los que fueron amantes, y ella no paraba el pico refiriendo los malos tratos que le daba el hombre que á la sazón era su dueño. Volvieron dos noches después á la misma mesa, y Rubín trabó conversación con ellos. Hablaron de la boda de Maximiliano y de los increíbles sucesos que después vinieron, diciendo Juan Pablo que su cuñadita era una buena pieza.

—Pero, hombre—dijo Feijóo á su amigo.—Y usted, ¿para qué dejó casar á su hermano?

—A mi hermano le falta un tornillo...

—¡Ahl, como guapa ya lo es—agregó D. Evaristo con cierto entusiasmo.—La he visto ayer... mejor dicho, la he visto varias veces.

—¿Dónde?

—En su casa. Es largo de contar... dejémoslo para otra noche.

Era sin duda cosa delicada para dicha delante de testigos, y éstos eran: Olmedo con Feliciano, el pianista ciego, que en los descansos solía agregarse á aquella plácida tertulia, y una señora jamona, fiel parroquiana del café de nueve á doce. La llamaban doña María de las Nieves, y era una de las figuras más notables que presenta Madrid en la variadísima serie de los tipos de café. Iba algunas veces sola, otras con una mujer de mantón borrego que parecía verdulera acomodada. Llevaba toquilla de color corinto, que se quitaba al sentarse, y al punto se le armaba en la mesa una tertulia de hombres, compuesta de los siguientes personajes: un portero del Colegio de Sordo-Mudos, un empleado del Tribunal de Cuentas, un teniente viejo, de la clase de tropa, retirado del servicio, y dos individuos que tenían puesto de carne y frutas en la plaza de San Ildefonso. En esta sociedad reinaba doña Nieves como en un salón, siendo ella la que pronunciaba las frases maliciosas y chispeantes sobre el suceso del día, y los otros que las reían. Corriase algunas veces hacia la mesa inmediata, sobre todo á última hora, cuando sus amigos, gente que tenía que madrugar, empezaba á desertar del local. Entonces se formaba una segunda peña. Doña Nieves, bien digerido el café, tomaba chocolate, y acom-

pañábanla Juan Pablo, Feijóo, el pianista ciego, Feliciano, Olmedo y algún otro. El mozo mismo, que había llegado á familiarizarse con aquella sociedad, se agregaba también, tomando asiento á un extremo del corro para escuchar y aplaudir. Doña Nieves era propietaria de algunos puestos del mercado y los arrendaba; por esto, así como por sus muchas relaciones, los diferentes tratos en que andaba y los anticipos que hacía á las placeras, ejercía cierto caudiquismo en la plazuela. Se hacía respetar de los guindillas, protegiendo al débil contra el fuerte y á los contraventores de las Ordenanzas urbanas contra la tiranía municipal.

Al pianista ciego le daba el cafetero siete reales y la cena. Por el día se dedicaba á afinar. Era casado y con ocho de familia. Tocaba piezas de ópera y de zarzuelas francesas como una máquina, con ejecución fácil, aunque incorrecta, sin gusto ni sentimiento. A pesar de esto, en ciertos pasajes muy naturalistas, en que imitaba una tempestad ó *las campanadas de incendios* que da cada parroquia, le aplaudía mucho el público, y á última hora le pedían siempre habaneras.

La verdad es que todo esto, doña Nieves y las placeras sus amigas, las mujeres de equívoca decencia que iban allí acompañadas de madres postizas, el mozo y sus familiaridades, el pianista y sus habaneras, aburrían á Juan Pablo so-



beranamente. Para colmo de hastío, Feijóo no era puntual y faltaba muchas noches. En cambio, Feliciano y Olmedo iban con más frecuencia, llevando ella una amiguita que acababa de salir de San Juan de Dios.

En las últimas semanas del 74, Rubín volvió á sentir comezón de lecturas. Quería instruirse á todo trance, labor inmensa y difícil por carecer de base, pues su padre, con la idea de que al comerciante le estorba el latín, no le permitió aprender más que las cuatro reglas y un poco de francés. No tenía biblioteca, y un amigo le proporcionaba libros. Fué á verle, escogió los que más despertaron su curiosidad por los títulos, y consagró á la lectura todo el tiempo que le dejaban libre el café y el sueño. Tantas ideas adquirió, que se sentía con vivas ansias de devolverlas por medio de la propaganda. O predicaba ó reventaba. Lástima grande no volver á la tertulia de Pedernero para ponerle verde, porque ya sabía lo bastante para pasarse á todos los teólogos por la nariz.

Las lecturas de Rubín fueron como un descubrimiento. Ya sospechaba él aquello; pero no se atrevía á expresarlo. El hallazgo era negativo, es decir, había descubierto que la mejor organización de los estados es la desorganización; la mejor de las leyes la que las anula todas, y el único gobierno *serio* el que tiene por misión no gobernar nada, dejando que las energías so-

ciales se manifiesten como les da la gana. La anarquía absoluta produce el orden verdadero, el orden racional y propiamente humano. Las sociedades, claro, tienen sus edades como las personas: hay sociedades que están mamando, sociedades que andan á gatas, sociedades pollas, sociedades jóvenes, y por fin, las maduras y dueñas de sí; sociedades con barbas, en una palabra, y también con algunas canas. Tocante á religiones y prácticas sociales que de ellas se derivan, Juan Pablo iba muy lejos, pero muy lejos; como que no le costaba nada el billete para tan largo viaje. Sólo en la edad pueril, cuando á la sociedad se le cae la baba y vive bajo la férula del dómine, se comprende que exista y tenga prosélitos la institución llamada matrimonio, unión perpetua de los sexos, contraviniendo la ley de Naturaleza... ¿y á santo de qué?, vamos á ver... Eso sí, por encima de todo la Naturaleza. Estudiando bien la vida total, el entendimiento se limpia de las telarañas que en él han tejido los siglos. La Naturaleza es la verdadera luz de las almas, el Verbo, el legítimo Mesías, no el que ha de venir, sino el que está siempre viniendo. Ella se hizo á sí propia, y en sus evoluciones eternas, concibiendo y naciendo sin cesar, es siempre hija y madre de sí misma. ¿Qué tal? Toma canela fina.

Encontrábase mi hombre con fuerza dialéctica y entusiasmo bastantes para predicar y ex-

tender por todo el mundo aquellas verdades. Pero como no tenía más público que la tertulia del café, con este inocente auditorio tuvo que contentarse. ¿Y qué? ¡Cuánto mejor no era sembrar la nueva doctrina en entendimientos sencillos y absolutamente incultivados! Pues el mismo Jesucristo, ¿no escogió por discípulos á unos infelices pescadores, hombres rudos que no conocían ninguna letra, y á mujeres de mala vida? Ved aquí por dónde doña Nieves y las plácidas sus amigas, Feliciano y la parroquiana de San Juan de Dios, el camarero, el pianista, fueron escogidos para que Juan Pablo sembrara en ellos la primera simiente de aquel Evangelio al natural. Por espacio de muchas noches hizo propaganda acalorada. Á veces se tenía que incomodar, porque le hacían observaciones estúpidas ó socarronas. Como se expresaba muy bien, oíanle todos con gran atención, y las chicas del partido le ponían buenos ojos. El mozo era el más entusiasmado, y decía: «¡Qué pico tiene este señor de Rubín!»

Pasaba lo de la anarquía y aun lo del matrimonio; pero en llegando á que todo es Naturaleza, reinaba gran confusión en el auditorio, y doña Nieves, tomando el caso á broma, pedía mayor claridad.

—Pero á ver, D. Juan Pablo, explíquese mejor... porque eso de que todos seamos todo no lo calo yo bien.

—Lo primero, hijas mías—decía con unción el expositor,—es limpiar el *intellectus* de errores adquiridos en la infancia, de prejuicios y muletilas; lo primero es *querer entender*. No admito argumentos que no sean racionales.

—Y cuando nos morimos—preguntó una de las samaritanas,—¿qué pasa?

—Hija, cuando nos morimos, pasamos á fundirnos en el grandioso conjunto universal...

—*Mia* ésta... ¿Pues qué querías tú, seguir gozando y divirtiéndote por allá?

—¿Y Dios?

—¡Dios!... francamente, no me gusta, por consideraciones que se deben á toda gran idea histórica, no me gusta, digo, hablar mal de Él... Me concreto, pues, á negarle... respetuosamente.

—¡Otra! ¡qué cosas se le ocurren! De modo que la misa no es nada tampoco...

—¡María Santísima!, con lo que sale usted ahora. La misa... es un rito, uno de tantos ritos.

—¿Y lo mismo da oírla que no? ¿Y para qué son los funerales?

—Otro rito... La que no pueda ó no sepa dar á la Naturaleza lo que es de la Naturaleza y á la historia lo que es de la historia, que se calle... No hay tal muerte, hijas mías: la que tenga oídos, oiga... Esta es la verdad; morir es cumplir una ley de armonía.

—Como que se va una á la substancia de la tierra y se mezcla con ella—apuntó doña Nieves.

—Tú lo has dicho... digo, usted lo ha dicho.  
—Y así viene á resultar que con nuestra de-  
función lo que hacemos es darle jugo á las  
plantas. De modo que muchas verduras, ¿qué  
son sino gente que se ha convertido, pongo por  
caso, en brecolera?

—¡Quite allá por Dios!— exclamó santi-  
guándose una de las placentas.—¡Qué risa con  
usted!

—Pero el alma se echa á volar y va para arri-  
ba, qué sé yo dónde. Á correrla por ahí, porque  
lo que es Infierno no lo hay. En eso sí que estoy  
conforme con el señor de Rubín.

—En verdad os digo que no hay Infierno ni  
Cielo, ni tampoco alma—afirmó Rubín con acen-  
to apostólico,—ni nada más que la Naturaleza  
que nos rodea, inmensa, eterna, animada por  
la fuerza...

—¡Por la fuerza!... sí—aseveró el mozo del  
café,—por la fuerza... claro...

Y hacía gestos como de quien va á levantar  
un gran peso ó á echarse á cuestras un sillar.

—Llámelo usted *hache*—repuso doña Nieves.  
—La fuerza, el alma... la... como quien dice, la  
idea.

—Doña Nieves, por amor de Dios...—dijo Ru-  
bín con desesperación de maestro.—Que se me  
está usted volviendo muy *hegeliana*.

—Lo que yo no comprendo es una cosa—in-  
dicó con la mayor candidez una de las mozas

del partido:—y es que si no hay nada por allá,  
¿dónde están las ánimas?

—¿Qué ánimas?

—¡Otra! Las ánimas benditas.

Juan Pablo soltó la risa.

—Nada adelantaremos, si no os fijáis bien en  
que el hombre no puede reconocer como real  
nada que no esté en la Naturaleza sensible. El  
que tenga ojos, que vea...

—Eso, eso... y lo uno no quita lo otro—ob-  
servó doña Nieves con aplomo, empezando á  
tomar su chocolate.—Porque habrá toda la Na-  
turaleza que usted quiera, pero eso no quita que  
*haiga* también Santísima Trinidad.

—Señora, por los clavos de Cristo—dijo el  
filósofo ya sin saber por dónde tirar.—Fijemos  
ante todo el concepto de Naturaleza. ¿Qué es la  
Naturaleza?

—¡Otra!, el campo—indicó con presteza la de  
San Juan de Dios.

—Y los animales—murmuró el ciego, que era  
el que menos hablaba.

—No digáis tonterías—manifestó doña Nie-  
ves;—la Naturaleza somos nosotros los pecado-  
res, todos frágiles. ¿Verdad, D. Juan Pablo?

—Los pecados son Naturaleza—apuntó otra;  
—por eso á los hijos de pecado los llaman *natu-  
rales*... claro.

—¡Vaya un lío que me arman ustedes!

Una de las placentas que presentes estaban te-

nía muy abultado el seno. En cierta ocasión, estando confesándose, le dijo el cura: «sea usted modesta en el vestir y no haga ostentación de esas *naturalezas...*» — «¿Qué, señor?» — «Eso, la delantera.» Por esto, al oír hablar de Naturaleza y de pecado, creyó que se referían á aquellas partes que debe cubrir el recato, y dijo escandalizada:

— ¡Vaya unas conversaciones indecentes que sacan ustedes!

— Indecentes no, hija.

— Lo que yo digo y sostengo — manifestó una de las samaritanas, tirando por la calle de en medio, — es que este D. Juan Pablo está *guillado*.

Loco, tal vez no; pero fatigado, sí, de sus inútiles esfuerzos. Ni abriendo con martillo un boquete en aquellas cabezas de piedra lograría meter la luz de la verdad. Corriéndose al velador inmediato, donde estaba cenando el ciego, mandó al mozo que le pusiese allí su chocolate. El ciego volvió hacia él sus ojos vacíos y muertos, su cara, que parecía un quinqué sin encender, y le dijo con profundísima tristeza:

— ¿Pero es verdad, D. Juan Pablo, lo que usted nos cuenta? ¿Lo cree usted así, ó es que quiere entretenerse y divertirse con nosotros, ignorantes? Me ha llenado usted de dudas. ¿Será verdad que cuando uno se muere se convierte en escarola?

Juan Pablo miró al ciego, y se helaron en sus

labios las palabras con que iba á espetarle nuevamente su cruel filosofía. Era Rubín hombre de buen corazón, y le pareció poco humano aumentar las tinieblas de aquella triste y miserable vida. Pero al propio tiempo su conciencia no le permitía desmentir lo que acababa de sostener. La dignidad por delante. Estuvo luchando un rato entre la piedad y el deber, y como el ciego volviese á preguntarle con insistente afán «¿pero es cierto que al morir nos convertimos en berzas...?», le replicó el apóstol:

— Le diré á usted... hay opiniones... No haga usted caso. Si no fuera por estas bromas, ¿cómo se pasaba el rato?

No siguieron estas conversaciones filosóficas, porque sobrevino lo de Sagunto, y este suceso absorbió la atención general en todos los cafés, desde el más grande al más chico. Rubín estaba furioso, y sostenía que el Gobierno no tenía vergüenza si no fusilaba en el acto... pero en el acto... á Martínez Campos, á Jovellar y todos los demás que habían andado en aquel lío. Cuando sus amigos no le querían oír sobre este particular, hablaba solo. Desmentía categóricamente cuantas noticias llegaban al café. Todo era falso. Antes que el Príncipe viniera, habría un levantamiento general, y los carlistas harían el último esfuerzo. Negaba que D. Alfonso hubiese llegado á Marsella, que se embarcase para Barcelona en las *Navas de Tolosa*, y viéndolo en-

trar en Madrid habría de negar que estaba entre nosotros. Pero una noche, después de largas ausencias, llegó Feijóo al café, y sentándose los dos aparte, le dijo:

—Hombre, he visto á Jacinto Villalonga; he hablado largamente con él. Ya sabe usted que es de la situación y muy amigo mío. Por supuesto, no acepta la Dirección que se le ha ofrecido, porque prefiere andar suelto. Es uña y carne de Romero Robledo. Y voy á lo que iba... Le he hablado de usted...

—¡De mí!

—Sí; es preciso colocarse. Usted no puede continuar así.

—Mire usted, amigo Feijóo—dijo Rubin masticando las palabras para salir de aquel atolladero.—Yo no puedo admitir... ¿Y el decoro de los hombres? ¡Yo he profesado toda mi vida...!

—Música, música.

—Yo no soy de esos que hablan mal de una situación, y luego van á quitarles motas al que antes desollaron.

—Música, música.

—En fin, que yo agradezco... pero no puede ser... Me ofendería, si señor, me ofendería.

—De modo—exclamó Feijóo en voz alta, abriendo los brazos y tomando un tono que no se podría decir si era de indignación ó de burla,—de modo que ya no hay patriotismo.

—¡Otra!... Patriotismo sí hay, pero yo...

—Usted hará lo que yo le mande, y tendremos credencial.

Rubin siguió toda la noche afectando mal humor, una seriedad torva, el malestar de la persona á quien ponen un puñal al pecho para que consume un acto contrario á sus convicciones. Al retirarse á casa, se comparaba con Wamba y decía para su sayo: «Cómo ha de ser... paciencia. Tengo que ser alfonsino... á la fuerza. ¡Vaya un compromiso... Re-Dios, qué compromiso...!»